

iván
OÑATE

El
hacha
enterrada

Iván Oñate (Ambato, 1948).

Poeta, narrador y catedrático universitario. Realizó estudios en Argentina, Ecuador y España.

Es profesor de Semiótica y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Central del Ecuador.

Ha publicado: *Estadía Poética* (Argentina, 1968); *En Casa del Ahorcado* (1977); *El Angel Ajeno* (1983); *El hacha enterrada* (1987, cuentos, seis ediciones); *Anatomía del Vacío* (1988); *El Fulgor de los Desollados* (1992); *La canción de mi compañero de celda* (cuento, 1995). *La Nada Sagrada* (poesía, 1998).

Consta en la *Anthologie de la littérature hispano-américaine du XXe siècle* (Francia, 1993); *Erzählungen aus Spanisch Amerika* —Cuentos hispanoamericanos— (Alemania, 1992); *Antología de la poesía cósmica* (México, 1996); *Diez cuentistas ecuatorianos* (inglés, 1993); *Doce cuentistas ecuatorianos* (alemán, 1995); *Veintiún cuentistas ecuatorianos* (francés, 1996). *Antología básica del cuento ecuatoriano* (1998); *Poesía viva del Ecuador siglo XX* (1990); *La palabra perdurable* (1991); *Diccionario de la literatura ecuatoriana* (1980); *Palabras y contrastes* (1984); *Índice de la narrativa ecuatoriana* (1992); *Los libros en mi vida* (1995).

Representó al Ecuador en el I Encuentro de poetas Iberoamericanos, Londres 97.

Iván Oñate

El hacha enterrada

(versión e-book)



MAYOR BOOKS

El hacha enterrada

© Iván Oñate, 2000

© Mayor Books, 2001 (versión e-book)

Primera edición: El Conejo/ Oveja negra, 1987

Segunda edición: El Conejo, 1987

Tercera edición: El Conejo, 1989

Cuarta edición: El Conejo, 1992

Quinta edición: Eskeletra, 1997

Sexta edición: Mayor Books

Fotografía del autor: Víctor Vallejo

Edición: Raúl Serrano Sánchez

Diseño, diagramación e impresión: CAMALEÓN Diseño Visual.

CAMALEÓN Diseño Visual

Av. República 11-38 y Eloy Alfaro,

ed. Parque La Carolina, of. 104

Quito

www.camaleon.com

www.EditorialMayorBooks.com

Mayor Books es una editorial bajo el respaldo legal de ©CAMALEÓN Diseño Visual.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN-9978-40-922-X

Derechos de Autor: 012978

ÍNDICE

• El rostro de la gloria	7
• La fiel literatura	29
• El hacha enterrada	41
• La media estocada	59
• Por entre los árboles	95
• La superstición de Furio	111
• En el límite	125
• Cuarto de arriendo	139

(habilitada para lectura electrónica)

LA FIEL LITERATURA

LA FIEL
LITERATURA

—Lo estuvimos observando —dijo el guardia, tomándolo de un brazo a la salida del supermercado.

—¿Cómo dice? —palideció Loza.

—No se haga el tonto —se endureció el guardia—. ¡Camine, que el administrador lo espera!

Aterrado, Loza miró a los costados y, en lugar de rostros, creyó ver extrañas máscaras que se distorsionaban. No encontró a ninguna que lo compadeciera.

—Está bien —dijo y miró al suelo—. Vamos.

Apretó la bolsa de compras entre los brazos y al dar el primer paso, Loza sintió con espanto que el piso se le hundía. Como si bruscamente descubriera que había otro nivel, soterrado, oculto engañosamente en la vida.

—Por aquí —dijo el guardia y señaló una puerta negra.

Lo que los esperaba detrás, era algo más negro todavía. Una confusa bodega con olor a estómago revuelto y a mortecina. Por el medio, entre miles de botellas apiladas a los costados, divisó un largo corredor que terminaba en una oficina. "Si pudiera volver atrás", pensó Loza, recordando por entre el rumor de los congeladores, el doméstico mandato que lo había precipitado a esta pesadilla. "No olvides pasar por el supermercado", le había repetido su mujer desde la cocina. "Ya lo sé", había respondido él, molesto, encaminándose hacia la puerta y sin dejar de revisar los apuntes de la clase que dictaría: *El absurdo en la literatura*.

Mientras conducía el auto, y sus pies y sus ma-

nos se entregaban indiferentes a la tarea, también su cerebro fue ordenando mecánicamente las ideas. Diez años de rutinaria labor habían mitigado, si no borrado del todo, sus afanes de renovación o de inspiración provocadora.

Por los ventanales del aula, Loza vio que oscurecía y no pudo sustraerse al vago estremecimiento que siempre le producía esa otra rutina: la del fin del día. Sin dejar de hablar, caminó hasta la ventana y apoyando la frente contra el cristal, guardó silencio. El murmullo de la clase creció a sus espaldas. Entonces, como si recordara algo, volvió los ojos hacia los alumnos y con voz estremecida y alta, habló de Camus, de *El Extranjero*. Con el rostro enrojecido por la pasión y que algún distraído confundió con la ira, describió la escena del árabe armado con un cuchillo. A Mersault empapado de sudor, de hastío, de fatiga, apretando en cuatro ocasiones el gatillo como cuatro golpes que diera en la puerta de la desgracia. Con los ojos cerrados buscó la frase cuando Mersault dice haber roto el equilibrio del día, pero no la encontró y una vez más se hizo el firme propósito de volver a comprar el libro, de releerlo si quería mantenerse fiel con lo que enseñaba. Fiel a la literatura. "Es todo —dijo recogiendo los apuntes de la mesa—. Continuaremos en la próxima clase".

Al salir de la secretaría donde firmó el libro de asistencia, encontró a una pareja de estudiantes que lo esperaba. Por los rostros iluminados de los muchachos, intuyó que querían invitarlo a un café y comentar la charla como en otras ocasiones. "Tengo una cita", dijo anticipándose a cualquier propuesta de ellos. Y unos pasos más allá: "Ya charlaremos otro día".

Temeroso de llegar tarde al supermercado, Lo-

za rebasó la fila de autos y se embotelló en la contravía. Varias veces sacó la cabeza por la ventanilla y constató, vencido, ese caos que rugía. "Y yo que soñaba con una vida de riesgos", sonrió irónico, comparándose con otros que como él, también estiraban los cuellos por las ventanillas (confiando, quizá, en que ese gesto repetido algunas veces terminaría librándolos del molesto infierno de la hora). Resignado, apoyó los codos en el volante y se apretó las sienes. "El debe jurar que la llevará al Parnaso con su pluma —recordó a la pareja de estudiantes—, y ella debe creerlo, sincera, con lágrimas, mordiéndose las uñas, como ocurrió conmigo. Sólo que después quedarán atascados en el matrimonio, en los hijos, en la vida". Loza volvió a sacar la cabeza por la ventanilla, y vio que ese caos no se movía. "Después vendrán las disculpas, las asquerosas comparaciones, los inevitables reclamos...". Un bocinazo lo estremeció y fue necesario apretar el acelerador para alcanzar la fila.

Con el carrito de compras por delante, Loza tomó dos rollos de papel higiénico, un pan de centeno y una pasta de dientes. El encargo estaba cumplido. Pensó ir directamente a la caja. Pero al encontrarse con un apretado grupo de compradores que avanzaba en dirección contraria, se dijo que no estaba por demás curiosar por las estanterías. Dio media vuelta y caminó. Al fondo observó la sección de libros y aceleró el paso. Con indiferencia recorrió algunos títulos, y de pronto, con carátula negra y blanca: *El Extranjero*. Avido, lo tomó entre las manos y lo encontró más delgado y liviano que en el recuerdo. Rápidamente lo hojeó en busca de la escena que había comentado esa tarde. Leyó: "Sabía que era estúpido, que no iba a librarme del sol

desplazándome un paso. Pero di un paso, un solo paso hacia adelante. Y esta vez, sin levantarse, el árabe sacó el cuchillo y me lo mostró bajo el sol. La luz se inyectó en el acero y era como una larga hoja centellante que me alcanzara en la frente". Pero no. No era el párrafo deseado. Volteó la hoja y en la página 78, al final del capítulo, se inyectó de luz el que buscaba: "Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa en la que había sido feliz. Entonces, tiré aún cuatro veces sobre el cuerpo inerte en el que las balas se hundían sin que se notara. Y eran como cuatro breves golpes que daba en la puerta de la desgracia". Feliz cerró el libro. Y sin pensarlo, de un manotazo lo escondió bajo el saco, apretándolo con la axila.

—Conque aquí tenemos al ratero —sonrió el hombre gordo y calvo que los esperaba en la oficina, al fondo del pasillo.

—Sí —contestó el guardia, mirando al gordo untar un pan con mantequilla—. Aquí lo tiene.

Sin dejar de sonreír, el gordo apoyó el cuchillo en el plato y mordió el pan con gana. Sorbió de la taza de café y continuó masticando, sonreído, como si alguien le rascara la calva, o la situación lo divirtiera mucho.

Loza imaginó que esa boca molía carne y sintió miedo del gordo.

—Quisiera disculparme —dijo y se calló bruscamente. Era otra voz la que imploraba. No la grave del maestro.

El gordo ni siquiera lo miró. Continuó con su labor de untar el pan después de cada mordisco. Por un instante, Loza creyó reconocer el milagro de que el

gordo se había olvidado del asunto. Pero de inmediato, lamiendo la punta del cuchillo, el gordo levantó la mirada para dirigirse a alguien que entraba por la puerta.

—Jiménez —dijo—. Veo que la amenaza del despido le ha abierto los ojos.

Loza se volvió y descubrió a un hombrecito de cristina y delantal amarillos.

—Debe estar acostumbrado al robo —dijo el hombrecito, que evitó los ojos de Loza—. Hoy no más, le vi hacer dos viajes.

—¡Mentira! —protestó Loza—. ¡Usted me confunde!

—¡Usted cálese! —gritó el gordo poniéndose de pie—. ¡Y desvístase!

Loza dio un paso atrás, como empujado por la voz del gordo.

—Pero si sólo me cogí esto —dijo y sacó el libro del saco.

—Yo no le he preguntado nada —movió la cabeza el gordo. Luego, tomó asiento y recuperó la sonrisa.

—Venga —le dijo a Loza, como invitándolo a que se sentara en sus piernas—. Sáquese la ropa y deposítela aquí, una por una, sobre la mesa.

Loza obedeció.

—¿Tiene documentos? —le preguntó el gordo.

Rápidamente, Loza buscó en la billetera y le alcanzó la credencial del trabajo.

—No soy un ladrón —dijo resuelto, alentado por la esperanza de no tener que desvestirse—. Soy profesor, profesor universitario, fíjese.

—Antes de robar debió pensar en eso —contestó el gordo, indiferente, copiando los datos en una hoja.

Loza observó que al gordo le salían pelos por una oreja.

—¿Qué espera? —alzó a mirarlo el gordo—. Desvístase.

Con la horrible sensación de estar hundiéndose cada vez más en la pesadilla, pero en la pesadilla que le pertenecía a otro, Loza empezó a desabotonarse.

En cada prenda, que como un duro pellejo se iba arrancando del cuerpo, Loza fue desprendiéndose de toda esperanza. Había confiado en que el gordo, al comprobar que no escondía nada más bajo el saco, lo recriminaría con un discurso y lo mandaría para la casa. Aunque aguardó en la camisa, en el pantalón, en los zapatos, el gordo no volvió a pronunciarse. Ahora le tocaba desprenderse de los más duros e íntimos pellejos.

—Sólo es un libro —gimió Loza.

—¡Por eso mismo! —se enfadó el gordo—. ¿Me cree inhumano, acaso? Yo comprendo cuando es por hambre, por necesidad. Pero robar un libro —se golpeó en la frente—. ¡Eso es otra cosa!

Cuando se quitó la última prenda, Loza se encogió cubriéndose con las dos manos el sexo. Pero ya no fue culpa ni temor lo que sintió. Desnudo y en esa situación, no había lugar para esas pequeñeces. Fue abandono, cansancio, hastío, lo que sintió. La indolente necesidad de apretar un gatillo o el interruptor de la luz, pero que acabara esa pesadilla.

Cabizbajo, con los ojos clavados en el piso, Loza esperó que el inútil escrutinio de las prendas diera comienzo. Pero nadie se movió. Y todo en la oficina pareció reverberar de un blanco silencio. Un silencio engeguecedor, sin formas ni contornos. Únicamente se percibía el olor cercano del gordo, el olor de su propia

transpiración, el olor del ambiente que parecía concentrarse en el plato donde se apoyaba el cuchillo. Entonces Loza se comparó con Mersault, porque también sintió el sudor acumulándose en las cejas. Pero aquí no había mar para que removiera y diese vida a las cosas. No había cielo para que cayera fuego. No había esperanza.

—Creo que ya está bien —dijo Loza—. Ya es suficiente.

—¿Oyeron? —rió el gordo, mirando a los subalternos—. ¿Oyeron lo que dijo?

Los dos hombres dudaron y se cruzaron una mirada indecisa.

—¿Qué piensa hacer entonces? —preguntó aterrado Loza.

—Exhibirlo —abrió los ojos el gordo—. Que sirva de escarmiento. ¿No dice ser profesor, señor Loza?

Por encima de la vergüenza, de las caras de odio y de burla que acarrearía la amenaza, Loza se estremeció por algo más temido y doloroso: el culpable tenía nombre. El mismo nombre de su padre. El mismo nombre de sus hijos. Entonces, el sudor amontonado en las cejas le resbaló a los ojos, y dio un paso. Un solo paso de costado. Porque lo que vino después fue un brinco, el rápido movimiento del brazo izquierdo con el que acogotó al gordo, mientras la otra mano, como una luz, pasaba por el plato a hincarle en la garganta la punta del cuchillo.

—¡Quietos! —gritó a los hombres que se movieron—. ¡Que le hundo el cuchillo! ¡Mierdas!

Los subalternos se miraron con desconcierto.

—¡Usted! —le dijo al guardia, vigilando su pis-

tolera abotonada en el cinto—. ¡Coja la ropa y salga adelante!

El guardia no se movió. Interrogó al gordo con la mirada.

—Obedezca —gimoteó el gordo—. ¡Por Dios, obedezca!

El guardia vino hasta la mesa.

—¡Tú soplón! —le dijo al hombrecito—. ¡Detrás de él! ¡Y salgan despacio!

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta.

—¡Ahora tú! —empujó al gordo con la rodilla—. ¡A caminar, cerdo!

Cuando salieron de la oficina, Loza sintió la brusca e indisoluble ráfaga de dos realidades opuestas: el desnudo desamparo a sus espaldas y la irrenunciable, absurda, caliente protección del gordo apretado contra su pecho.

—No intenten nada —advirtió—. ¡Porque lo mato!

Flanqueados por el tenue resplandor de las botellas, los dos hombres se adelantaron por el pasillo. Con verdadero asco, Loza percibió en la obscuridad el olor de la bodega entremezclándose con el resuello del cerdo que sujetaba contra su pecho. Caminó. Entonces divisó un pasillo lateral y, al fondo, una especie de garita. El guardia que iba primero se detuvo.

—¡Adelante! —grito Loza—. ¡Siga!

El guardia obedeció, pero no dejó de mirar hacia la garita.

Luchando con el peso del gordo que jadeaba, Loza reconoció el rumor de los congeladores y unos metros más allá, por entre las difusas siluetas de los hombres que lo precedían, la puerta por la que había

entrado. Se estremeció. Del otro lado estaba el mundo que había dejado. El mundo al que ya no pertenecía. Porque también él había roto el equilibrio del día. También él, como Mersault, había dado un paso, un solo paso estúpido que no lo libraba de nada y lo complicaba todo.

—¡Un momento! —gritó Loza a los hombres que se detuvieron. Como dándose tiempo para pensar en lo que haría.

"¡Usted!", gritó al guardia. Pero éste ya no supo la intención que Loza tendría, porque de pronto, como si el infierno se hubiese abierto a sus espaldas, Loza sintió que lo abrasaba el fuego. Un doloroso espasmo que lo debilitaba, aflojándole las piernas y tirándolo hacía abajo en la caída.

Recién cuando su cuerpo daba contra el suelo, Loza escuchó incrédulo, como si viniera de un tiempo remoto y lento, el seco estampido del disparo. Entonces, por esa lógica absurda que gobernaba la vida, descubrió que éste era el argumento que tanto esperó escribir algún día.

—¡Pobre estúpido! —dijo el gordo, cogiéndose el cuello y empujando con un pie al cuerpo que ya no se movía—. ¡Se tragó la broma como un ingenuo!

Luego, dirigiéndose a los subalternos que lo miraban:

—¡Porque fue una broma! ¡Ustedes vieron!

Las dos sombras no se pronunciaron.

El gordo dio media vuelta y se apresuró en dirección a la oficina. No habló, ni siquiera vio al otro guardia que venía en dirección contraria, sujetando en su mano una pistola.

—¿Quién era? —preguntó el guardia que llegó

hasta el cadáver—. ¿Quería matar al señor Riquelme?

—No, si no iba a matar a nadie —dijo el primer guardia, con despecho, dejando caer las ropas sobre el sexo y el rostro de Loza—. Era sólo uno que había robado.

—¿Y qué fue lo que robó? —preguntó de nuevo el guardia, inclinándose y descubriendo con el cañón de la pistola el rostro del caído.

—¡Un libro así de flaco! —intervino el hombrecito de amarillo y mostró el pulgar y el índice apretados. Sonriendo nervioso. Como si apretando el pulgar y el índice lo dijera todo. Como si entre el pulgar y el índice apretara algo absurdo. Una porquería.

Esta edición de ***El Hacha Enterrada*** está hecha solo para distribución electrónica y gratuita.

Para la versión completa comunicarse a:

mayorbooks@altavista.com

o visite:

www.EditorialMayorBooks.com

